

Domingo 27: Los Dos Lados del Bautismo

Preguntas y Respuestas 72-74

Lectura: Hechos 16:1-15

Salterios:

Primero: 362:1-3

Segundo: 278:1,5

Tercero: 237:1-3

Cuarto: 47:2,5

Último: 308:4

Querida congregación,

Cuando consideramos la manera en que Lidia fue convertida y bautizada, podemos ver tres cosas notables. En primer lugar, *fue convertida antes de ser bautizada*. En otras palabras, no nació de nuevo por medio del bautismo. Primero fue convertida y luego fue bautizada. No fue hasta que el Señor abrió su corazón que ella recibió el sacramento.

En segundo lugar, *no fue bautizada sola*, sino junto con su casa. Es probable que hubiera niños en su casa. Si alguien dice: “No pueden probar eso”, tiene razón. La palabra “casa” también puede referirse a los siervos. ¡Sin embargo, si un siervo fue incluido en el bautismo, cuánto más un hijo! ¡Si se permite que un siervo sea bautizado junto con su amo, cuánto más un hijo o una hija! ¿O es un siervo más que un hijo? La Biblia no dice que los corazones de los miembros de la casa de Lidia fueron abiertos; sin embargo, fueron incluidos en el bautismo. Esa es la segunda cosa que notamos.

En tercer lugar, *Lidia recibió fuerza y libertad a través de su bautismo*. Después de ser bautizada, rogó al apóstol Pablo y a sus compañeros que vinieran y se quedaran en su casa. Eso nos muestra cuánta importancia tiene el bautismo. Lidia fue unida a Dios y a Su pueblo de una manera poderosa. Esa es la tercera cosa que notamos.

Congregación, estos tres asuntos también pueden encontrarse en la parte de nuestro Catecismo de Heidelberg que pide nuestra atención en esta hora. Que el Señor nos ayude y nos guíe al considerar el Domingo 27 de nuestro Catecismo, Preguntas 72 a 74.

Pregunta 72: ¿Es el lavamiento la purificación misma de los pecados?

Respuesta: No, porque sólo la sangre de Jesucristo y el Espíritu nos limpia y purifica de todo pecado.

Pregunta 73: Entonces, ¿por qué llama el Espíritu Santo al bautismo el lavamiento de la regeneración y la purificación de los pecados?

Respuesta: Dios no habla así sin razón justificada, pues Él no sólo quiere enseñarnos que nuestros pecados se purifican por la sangre y Espíritu de Cristo, como las suciedades del cuerpo por el agua, sino más aún: certificarnos por este divino símbolo y prenda que verdaderamente somos limpiados por el lavamiento interior y espiritual de nuestros pecados, de la misma manera que somos lavados exteriormente por el agua visible.

Pregunta 74: ¿Se ha de bautizar también a los niños?

Respuesta: Naturalmente, porque están comprendidos, como los adultos, en el pacto, y pertenecen a la Iglesia de Dios. Tanto a estos como a los adultos se les promete por la sangre de Cristo, la remisión de los pecados y el Espíritu Santo, obrador de la fe; por esto, y como señal de este pacto, deben ser incorporados a la Iglesia de Dios y diferenciados de los hijos de los infieles, así como se hacían en el pacto del Antiguo Testamento por la circuncisión, cuyo sustituto es el Bautismo en el Nuevo Pacto.

El Domingo 27 muestra:

Los Dos Lados del Bautismo

Consideremos los siguientes puntos:

1. El agua y el Espíritu
2. La señal y el sello
3. Los adultos y los niños

Repetimos: Los dos lados del Bautismo. En primer lugar, el agua y el Espíritu. Aquí se dice que el lavamiento externo con agua no es la purificación misma del pecado, porque solo la sangre de Cristo y el Espíritu nos limpian de todo pecado. Así que necesitamos más que solo el agua; necesitamos también la obra del Espíritu Santo. Ese es el mensaje de la Pregunta 72. Nuestro segundo pensamiento es: la señal y el sello. Cuando el Espíritu Santo, como Autor de la Palabra de Dios, llama al bautismo “el lavamiento de la regeneración” y “la purificación de los pecados”, es porque el bautismo no es solo una señal, sino también un sello del pacto de gracia. Ese es el mensaje de la Pregunta 73. Finalmente, escuchamos no solo acerca de los adultos, sino también de los niños. “¿Se ha de bautizar también a los niños?” La respuesta deja claro que los niños no deben ser excluidos. Ese es el mensaje de la Pregunta y Respuesta 74.

Primer pensamiento. El agua y el Espíritu.

Congregación, el Domingo 25 nos ha mostrado cómo el Espíritu Santo obra la verdadera fe en el corazón de un pecador y cómo ese mismo Espíritu fortalece la fe en los corazones del pueblo de Dios. El Señor *obra* la fe por medio de Su Palabra y *fortalece* la fe por medio de los sacramentos. Estos sacramentos son el Santo Bautismo y la Santa Cena. Ambos sacramentos testifican que hay gracia para el más vil de los pecadores. Confirman la promesa de Dios de que cualquiera que huya al Señor Jesucristo en verdadero arrepentimiento, de ninguna manera será echado fuera. Esa es la proclamación visible de los dos sacramentos.

En el Domingo 26 hemos oído cómo esto es cierto con respecto al Santo Bautismo: ¡oh, cuánto consuelo hay en el bautismo para los hijos de Dios! Son lavados en la sangre de Cristo, renovados por el Espíritu de Cristo y sostenidos por la Palabra de Cristo. Pero ahora puede surgir la pregunta: “¿Es el lavamiento la purificación misma de los pecados?” Esa es la primera pregunta que el Domingo 27 aborda.

Aquí el instructor se enfrenta a la sobreestimación del bautismo. Podemos subestimar el bautismo, pero también podemos sobreestimar el signo externo. Encontramos esto, por ejemplo, en la Iglesia Católica Romana. El dogma oficial de esa iglesia sostiene que, por medio del bautismo, los hombres nacen de nuevo y son lavados de sus pecados. Se cree que el agua es un instrumento poderoso. Dicen que este poder fluye de los méritos de Cristo, pero el hecho permanece: consideran el bautismo externo como el lavamiento mismo del pecado.

Este error, a su vez, está relacionado con la visión de la Iglesia Católica Romana acerca de la gracia. Según la Biblia, la gracia de Dios es, en primer lugar, Su favor inmerecido: es la disposición favorable de Su corazón hacia los pecadores perdidos. Según Roma, sin embargo, la gracia es una especie de poder; algo que es infundido en el momento del bautismo. La iglesia es vista como una especie de depósito de agua del cual fluye la gracia hacia las personas que son bautizadas. Los sacramentos son canales, por así decirlo, por los cuales la iglesia puede comunicar la gracia a sus miembros. Una persona bautizada debe usar esa gracia para obrar su salvación. Debe vivir en una obediencia como la de un niño hacia “la madre iglesia” y así merecer el cielo.

Es claro que en esta visión, los sacramentos funcionan automáticamente. No hay distinción entre la señal y lo significado por ella —ninguna distinción entre el agua misma y la sangre de Cristo representada por el agua. Así, el lavamiento externo con agua se convierte en el perdón del pecado; contiene algo mágico. El agua del bautismo funciona como agua bendita y transmite poder divino. Cuando un sacerdote católico romano bautiza a alguien, pronuncia una bendición en nombre de ese Dios “que lo ha regenerado por el agua y el Espíritu y le ha concedido la remisión de todos sus pecados”.

¿Por qué damos tanta atención a estas enseñanzas erróneas y engañosas? Es porque sabemos muy poco respecto de ellas. Podemos ser llevados a considerar todo como la misma cosa. ¿Acaso no reconocemos el bautismo cuando ha sido administrado por un ministro de la Iglesia Católica Romana? Sí, lo reconocemos, pero no estamos de acuerdo con su *perspectiva* sobre el bautismo. Ellos sostienen que nadie puede ser salvo sin el bautismo. Por esa razón, se debe bautizar a los niños lo más pronto posible. Si un niño está al borde de la muerte, puede ser bautizado por cualquiera, incluso por una partera; de lo contrario, no podrá ir al cielo. Irá a un lugar entre el cielo y la tierra, un lugar que no es ni cielo ni infierno. Por lo menos, esa es la doctrina que Roma ha enseñado por siglos.

Ahora entendemos el contexto detrás de la primera pregunta del Domingo 27. Además, el Domingo 26 ha hablado del bautismo en términos muy elogiosos. El instructor ha retratado el significado profundo de este sacramento; por lo tanto, puede surgir la pregunta: “¿Es el lavamiento la purificación misma de los pecados?”

¿Cuál es la respuesta? “No, porque sólo la sangre de Jesucristo y el Espíritu nos limpia y purifica de todo pecado.” Encontramos aquí una referencia a 1 Juan 1:9 y también a 1 Corintios 6:11, donde Pablo escribe: *“Pero ya estáis lavados, pero ya estáis santificados, pero ya estáis justificados en el nombre del Señor Jesús y por el Espíritu de nuestro Dios.”* También podemos resumirlo con las palabras del Señor Jesús mismo: *“El que no naciere de agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios”* (Juan 3:5). Sin la sangre de Cristo, nadie puede ser lavado. Sin el Espíritu de Cristo, nadie podrá creer verdaderamente y ser salvo.

El bautismo como tal no puede salvarnos. Solo tenemos que recordar a Ananías y Safira. Eran miembros de la iglesia del Pentecostés; se encontraban bajo el ministerio de los apóstoles y habían sido bautizados. Los frutos de su vida, sin embargo, demostraban que no habían sido bautizados internamente. Nunca habían sido bautizados con el Espíritu Santo. Carecían de esa nueva vida y no tenían la verdadera gracia.

También podemos considerar Marcos 16:16. Allí dice: *“El que creyere y fuere bautizado será salvo; pero el que no creyere será condenado.”* En la primera parte de esta oración, se mencionan lado a lado la fe y el bautismo; en la segunda parte, sin embargo, ya no se menciona el bautismo: *“Pero el que no creyere será condenado”*. No dice: *“El que no creyere ni fuere bautizado”* como si el bautismo fuera un asunto determinante. En cambio, dice: *“El que no creyere será condenado”*.

La cuestión más importante es si nuestro nombre ha sido inscrito en el cielo. Es un privilegio tener nuestro nombre inscrito en el registro de la *iglesia*. No podemos permanecer en pie por nosotros mismos; tampoco deberíamos *desearlo*. La iglesia es una institución de Dios. Sin

embargo, deberíamos preguntarnos: “¿Se encuentra mi nombre en el Libro de la Vida?” Es de extrema importancia pensar seriamente en este asunto.

La sobreestimación del bautismo no solo se encuentra en la Iglesia Católica Romana, sino también en muchas iglesias reformadas. Podemos pensar en el Dr. Abraham Kuyper, el padre de una denominación en los Países Bajos llamada *Gereformeerde Kerken* (Iglesias Reformadas) y el fundador de la *Vrije Universiteit Amsterdam* (Universidad Libre de Ámsterdam). Muchos de sus seguidores, que inmigraron a Norteamérica, terminaron en la *Christian Reformed Church* (Iglesia Reformada Cristiana). Abraham Kuyper decía: “Yo bautizo a un niño suponiendo que hay nueva vida en el corazón de ese niño”. Esa era su base para el bautismo. Presumía que todo niño nacido de padres cristianos había nacido de nuevo, hasta que se hiciera evidente lo contrario. Si, por ejemplo, los pequeños Juan y María llegaran a los dieciséis o diecisiete años y dieran la espalda a la iglesia y la Palabra de Dios, la conclusión era inevitable: “Lamentablemente nos equivocamos en nuestra presunción. Juan no había nacido de nuevo; María no había sido regenerada”. A esto lo llamamos la doctrina de la regeneración presunta.

No es difícil ver las consecuencias de esta doctrina para los jóvenes cuando son abordados así desde el púlpito y en la catequesis. Si Kuyper tiene razón, todos ellos deben ser vistos como verdaderos hijos del pacto de Dios. Ya no podemos decir: “Necesitan nacer de nuevo; necesitan la conversión; oren por un nuevo corazón”. El resultado es que las personas son cegadas y engañadas de una manera terrible. Se les hace creer que son creyentes y que todo está bien con ellos, a menos que se vea lo contrario. En esta doctrina engañosa, el agua del bautismo es casi lo mismo que el lavamiento de los pecados y la regeneración.

Llegando al final de la Segunda Guerra Mundial, un grupo de iglesias se separó de la denominación de Abraham Kuyper y formó la denominación *Gereformeerde Kerken Vrijgemaakt*, que quiere decir “Iglesias Reformadas Liberadas” —se liberaron de las iglesias de Kuyper. En Canadá (y Estados Unidos), estas iglesias son conocidas como las *Canadian & American Reformed Churches* (Iglesias Reformadas Canadienses y Americanas). Esta denominación incluso va más allá que la denominación madre de la cual habían salido. Según ellos, no se debe simplemente *presumir* que uno ha nacido de nuevo, sino que debe darse por *hecho*. Los hijos del pacto nunca deberían dudar que son hijos de Dios o que sus pecados les son perdonados. Dudar de la salvación de uno mismo es una de las peores cosas que alguien puede hacer. Entristece al Señor y hace miserable a la persona. La promesa es para usted, y usted lo tiene todo en la promesa. Ya no hay nada que tenga que suceder, porque Cristo ya ha hecho todo. No hay necesidad de que la promesa sea aplicada por el Espíritu Santo ni que sea cumplida en el camino de la regeneración y el arrepentimiento. La promesa de Dios es, sencillamente, una afirmación acerca de una situación dada. En otras palabras, el Señor ya le ha dado un lugar en la nave de la gracia. Lo único que necesita hacer es permanecer a bordo de ese barco. Si se lanza por la borda, perecerá al final. Un niño bautizado, entonces, no necesita la regeneración. Él o

ella no necesita preguntar cosas como: “Señor, ¿es en realidad para mí? ¿Soy yo realmente un hijo de Dios? ¿Es mi corazón rociado con la sangre de Cristo? ¿Se ha hecho espacio en mi corazón para el Salvador?”

Por lo tanto, la Pregunta y Respuesta 72 de nuestro Catecismo es tan importante: “¿Es el lavamiento la purificación misma de los pecados? No, porque sólo la sangre de Jesucristo y el Espíritu nos limpia y purifica de todo pecado.” Es agua y Espíritu. Ambos son importantes. Si no vemos esto, cometemos la misma necedad que los israelitas en el tiempo de Samuel. Cuando estaban en guerra con los filisteos, corrieron a buscar el Arca del Pacto como señal de la presencia de Dios y garantía de Su favor. Pensaban: “Si tan solo tenemos el arca con nosotros, no podremos ser vencidos, porque entonces Dios está de nuestro lado”. Consideraban el arca como una especie de objeto mágico, pero no había un vínculo vivo entre ellos y el Señor. Como resultado, fueron tristemente derrotados. Así no funciona, y *nunca* funcionará así. El bautismo y la promesa de Dios solo son eficaces cuando el Señor los aplica en nuestra vida y podemos recibirlos con verdadera fe. Solo nos harán bien cuando podamos arrojarnos como pecadores necesitados y culpables sobre la misericordia de Dios en Cristo.

Así que, aquí está nuestro primer punto: el agua y el Espíritu. Tenemos que mantener estos dos juntos, porque se pertenecen mutuamente. El agua no es suficiente. El Espíritu y la sangre de Cristo tienen que intervenir también. Esto nos lleva a nuestro segundo pensamiento.

Segundo pensamiento. La señal y el sello.

En la Pregunta 73 leemos: “Entonces, ¿por qué llama el Espíritu Santo al bautismo el lavamiento de la regeneración y la purificación de los pecados?” Esas expresiones son muy fuertes, ¿no es cierto? Además, no han sido inventadas por el hombre. ¡Los textos contenidos en la Pregunta 73 son tomados de la Palabra misma de Dios! Ya los hemos encontrado en el Domingo 26. En Tito 3:5 encontramos la expresión “el lavamiento de la regeneración” y en Hechos 22:16 leemos acerca del “lavamiento de los pecados”. Nuestro Catecismo quiere decir: “¿No es eso una contradicción? Confesamos que el bautismo en sí mismo no es el lavamiento de los pecados. ¿Por qué, entonces, se llama precisamente así al bautismo en las Escrituras? Decimos que no somos regenerados por el bautismo mismo. ¿Por qué, entonces, se utiliza esa expresión en la Biblia?”

La respuesta de nuestro Catecismo es: “Dios no habla así sin razón justificada”. En otras palabras, Él tiene una buena razón para decir esto: “pues Él no sólo quiere enseñarnos que nuestros pecados se purifican por la sangre y Espíritu de Cristo, como las suciedades del cuerpo por el agua”. Esa es la primera razón, pero hay otra: Él quiere “certificarnos por este divino símbolo y prenda que verdaderamente somos limpiados por el lavamiento interior y espiritual de nuestros pecados, de la misma manera que somos lavados exteriormente por el agua visible”.

Resumiendo esa larga explicación, podemos decir: “El bautismo no es solo una señal; es también un sello. No solo instruye y enseña; también asegura. Es una prenda divina, una garantía celestial”.

En primer lugar, es una *señal*. Es una bendición para los hijos de Dios recibir algo que pueden ver. Niños, cuando no entienden algo que sus padres intentan explicarles, puede que usen un libro con dibujos e ilustraciones. Eso les ayuda a entender lo que ha sido dicho. Así es con el bautismo también. El pueblo del Señor puede ser tan ignorante. Piensen en los dos discípulos en el camino a Emaús. Eran tan lentos para entender las Escrituras. Era como si un velo hubiera cubierto sus corazones y todo estuviera envuelto en tinieblas. Entonces se les acercó el Señor Jesús mismo. Él abrió las Escrituras y se sentó a la mesa, donde se reveló a ellos. Piensen también en Abram. Cuando el Señor le dijo que tendría una descendencia numerosa, el gran patriarca dijo: “¿En qué conoceré esto? Me has prometido un hijo, pero, Señor, ¿cómo puede ser?” Esa también puede ser la pregunta de un hijo de Dios afligido hoy.

¿Qué hace el Señor en su vida? Él se acerca con una señal, una prenda visible. Les muestra algo; los instruye. Les dice: “Cuando el agua es rociada sobre esos pequeños niños, levanta tu cabeza. Tan ciertamente como la suciedad del cuerpo es lavada por el agua externa, así tu corazón pecaminoso es lavado por el Espíritu Santo y la sangre de Cristo”.

Así, hay una señal, un apoyo visual. Sin embargo, el bautismo no es solo una señal. Es mucho más que eso; es también un sello. Eso es lo que oímos en la segunda parte de la respuesta. Allí nuestro Catecismo habla de una prenda divina. Cuando alguien da una promesa, podría preguntarse: “¿Es en realidad cierto?” Imagínense que dos jóvenes están profundamente enamorados y quieren casarse. Un día, el joven tiene que viajar por un tiempo largo. Ella se entristece mucho por ello, pero él promete casarse con ella a su regreso. Él dice: “Te amo, y seguiré amándote. Nunca te olvidaré”. Para asegurarle ello, le da un anillo de compromiso. Esa es una señal visible. Es una prenda, una garantía. De hecho, es un sello. Ese anillo no contiene una nueva promesa, sino que confirma la promesa dada por él. El joven solemnemente afirma que ciertamente vendrá para casarse con su novia.

Cuán grande es cuando el Esposo celestial viene con tal prenda visible en la vida de Su novia espiritual. Su corazón puede estar tan lleno de incredulidad y tan desanimado a causa de su indignidad, pero entonces el Señor Jesús viene para abrir sus ojos y mostrarle el significado del bautismo. Él dice: “Aquí tienes una cierta prenda que jamás te abandonaré. Te he renovado por mi Espíritu y te he purificado en Mi sangre. Vendré de nuevo para llevarte a la cena de bodas del Cordero”.

Congregación, ¿ahora comenzamos a entender por qué se le llama al bautismo el lavamiento de la regeneración? A través de esa señal, el Señor apunta a lo que es significado por ella. Cuando

Él da fe para ver lo que el bautismo realmente significa, un pobre pecador no solo verá unas gotas de agua rociadas por el ministro, sino las corrientes de sangre derramadas por Cristo Jesús. Varias personas pueden sentarse en la iglesia cuando se administra el bautismo. Unos se fijarán en el pastor, otros en los padres y su hijo, y muchos solo verán el lavamiento externo con agua. Sin embargo, entre todas esas personas puede haber un alma pobre y necesitada que verá al Rey mismo. En aquella agua él puede ver la sangre de Cristo. En esa señal él puede contemplar un sello. En ese lavamiento externo él puede experimentar una realidad interna.

El bautismo es una señal, una instrucción visible, pero también *un sello* que garantiza la promesa de Dios. Solo piensen en el etíope en el libro de los Hechos, capítulo 8. Cuando él halló la salvación en Jesús, pidió el bautismo. Diríamos: “¿Por qué era necesario? Él ya había visto las maravillas de la gracia”. ¿Saben por qué deseaba ser bautizado? En primer lugar, porque deseaba ser obediente al mandato de Dios y, en segundo lugar, porque deseaba un sello de aprobación. Es por eso que fue bautizado. El Señor selló Su propia obra en su vida.

El bautismo no es solo una señal para enseñar, sino también un sello para asegurar. En la primera pregunta, hemos escuchado que debemos velar contra la *sobreestimación* del bautismo, pero ahora aprendemos que debemos velar contra la *subestimación* del mismo. El bautismo es más que solo una señal o ceremonia. Es bueno enfatizar eso. No decimos que el bautismo sea indispensable para la salvación. Sin embargo, si alguien se muestra indiferente en cuanto al bautismo, va en contra de la ordenanza de Dios. Revelará que es una criatura ingrata y un extraño a la vida de gracia.

Que el Señor nos conceda entender el significado del bautismo. Entonces este santo sacramento no se convertirá en un lugar falso de descanso, sino que nos llevará de rodillas para pedir la realidad significada en él. Entonces comenzaremos a suplicar: “Señor, he sido bautizado con agua. Oh, que también sea bautizado con la sangre de Cristo y purificado de todos mis pecados”. De esta manera, el bautismo será experimentado como la señal de la sangre de Jesús y el sello del pacto eterno de Dios. Entonces el sacramento recibirá valor en nuestra vida.

Alguna vez hubo un joven que se despidió de su crianza. En lugar de hacer confesión de fe, dejó el hogar de sus padres para establecerse en una parte del país donde no se podía oír la verdad. Antes de irse, dijo a sus padres: “Llevaré conmigo el certificado de mi membresía y lo transferiré a la congregación hermana de nuestra denominación más cercana en esa zona”. Sin embargo, nunca lo hizo. Sus padres ni siquiera sabían dónde estaba. Pasaron algunos años, y su padre fue diagnosticado con cáncer. Los médicos no podían hacer nada por él. El padre, al igual que toda la familia, estaba con el corazón destrozado, no en menor grado porque faltaba un hijo en aquel momento. Entonces, uno de sus hermanos y dos de sus amigos fueron a aquella provincia lejana en su búsqueda. Fueron de pueblo en pueblo hasta que, por fin, lo encontraron. Le dijeron lo que estaba sucediendo y le rogaron que volviera a casa y, sí, él decidió acompañarlos. Recogió

sus pocas pertenencias y los siguió. En resumen, el hijo pródigo volvió a casa y comenzó a asistir a la iglesia de nuevo. El Señor había usado la enfermedad de su padre para hacerle volver bajo la verdad de nuevo.

Unos meses después, el joven se paró ante la puerta del pastor. Con una expresión tímida en el rostro, preguntó: “¿Puedo pasar?” Cuando se sentó con una taza de café frente a él, carraspeó y dijo: “Me gustaría volver a unirme a nuestra iglesia. Me siento muy culpable por lo que he hecho; por eso me preguntaba si podría volver a ser miembro. ¿Puede usted decirme qué pasos debo seguir?” Cuando el ministro lo miró algo sorprendido, el joven bajó la cabeza. Continuó: “Verá, fui bautizado de niño, pero me aparté de la verdad y ya no pertenezco a la iglesia. ¿Significa eso que debo ser bautizado de nuevo?”

El pastor fue conmovido por estas palabras. Él le respondió: “No, no necesitas ser bautizado por segunda vez. Ya has sido bautizado como bebé. No hay necesidad de repetirlo. ¿Sabes lo que el bautismo en realidad significa? Significa que el Señor ha tenido en cuenta a personas como tú. Él te conocía. Él sabe que tenemos un corazón malvado y que estamos inclinados a desviarnos. Somos hijos caídos de Adán y no se espera nada de nosotros. Piensa en ello. El Señor no te permitió ser bautizado como niño porque creyera que serías un niño muy obediente. Pero en el bautismo Él nos ha declarado que hay un camino de regreso hacia Él, que hay un Padre que recibe a los hijos pródigos, y que hay sangre para purificarte. No, no necesitas volver a ser bautizado, pero quizá tu bautismo finalmente cobre significado en tu vida. Quizá llegue a ser un terreno de súplica para ti cuando pidas al Señor que aplique esa sangre a tu conciencia culpable y a tu corazón pecaminoso”.

Congregación, no hagan una aplicación falsa de esta historia. Algunas personas parecen pensar que uno primeramente tiene que salir de la iglesia y revolcarse en el pecado antes de poder ser convertido. Esa es una grave malinterpretación. No ocurre tan a menudo que alguien regrese. Muchos se lanzan al agua de este mundo y se ahogan para siempre. En este caso, sin embargo, un hijo pródigo fue traído de vuelta. El ministro pudo decirle: “No necesitas volver a ser bautizado, pero suplica al Señor que te conceda la verdadera conversión. Eso es lo más importante. Pide al Señor por eso. *Nosotros* no podemos darlo. Te recibimos de nuevo en la iglesia, pero hay algo mucho más importante. Debes ser lavado por la sangre de Cristo. El Señor está tan dispuesto a hacer eso para un rebelde. Eso es lo que Él prometió en Su Palabra y confirma en el bautismo”.

¿Lo escucha, pobre y culpable pecador en la iglesia? Cuando Satanás le diga que lo ha perdido todo y que ya es imposible que sea salvo, piense en su bautismo. Piense en ese sacramento que ha recibido incluso antes de desviarse. El bautismo es una señal y un sello de la misericordia de Dios. Es precisamente para personas con un corazón sucio, con nada más que dudas e imposibilidades. No solo es para los adultos sino también para los niños —también para los

jóvenes. Ese es nuestro último pensamiento. Pero, primeramente, cantemos las estrofas 2 y 5 del Salterio 47.

* * * * *

Tercer pensamiento. Los adultos y los niños.

Congregación, cuando consideramos únicamente el agua en el bautismo y nos olvidamos de la obra del Espíritu Santo, estamos tristemente equivocados. Asimismo, cuando vemos el bautismo solo como una señal y no como un sello, erramos. Pero también existe otro grave error. Ese error lo cometen aquellos que prohíben que los niños sean bautizados. Ya en los días de la Reforma existían tales personas, llamadas “anabaptistas”. Ellos volvían a bautizar a quienes ya habían sido bautizados de infantes. Decían: “Rociar a los niños no es el bautismo; no tiene ningún mérito. Las personas solo pueden ser bautizadas después de haber creído”. Hoy en día hay iglesias, como las bautistas, que mantienen la misma perspectiva. No estamos de acuerdo con ellos. No condenamos a esas *personas*, sino que rechazamos su *doctrina*. Dios tiene hijos Suyos también entre los bautistas. Juan Bunyan fue uno de ellos, y es muy querido por nosotros. Igualmente, podemos añadir los nombres de Joseph Charles Philpot, John Warburton, John Kershaw y muchos otros más. Sin embargo, nos entristece que tuvieran una perspectiva incorrecta del bautismo y del pacto de Dios. Cuando se consideró la pregunta: “¿Se ha de bautizar también a los niños?”, su respuesta fue: “No, eso no se permite porque va en contra de las Escrituras”.

¿Por qué dicen esto los bautistas? Básicamente, por tres razones. En primer lugar, sostienen que en ningún lugar del Nuevo Testamento se encuentra un mandato de bautizar a los niños. En segundo lugar, señalan el orden de las palabras en un texto como Marcos 16:16, en el que Cristo habla primero de creer y luego de ser bautizado. Finalmente, argumentan que los infantes son demasiado pequeños para creer. Esos pequeños no pueden entender lo que sucede en el bautismo, así que —según ellos— no tiene ningún valor bautizarlos.

Ahora, consideremos más de cerca cada uno de estos argumentos. En primer lugar, es cierto que *no hay ningún mandato explícito en el Nuevo Testamento que instruya a bautizar a los niños*, pero también es cierto que no hay ninguna prohibición de hacerlo. No hay nada que diga que está prohibido. Y si realmente estuviera prohibido dar este sacramento a los niños, debería haber una prohibición expresa. ¿Por qué? ¡Porque en el Antiguo Testamento los hijos de los israelitas siempre fueron incluidos! Los niños pequeños eran circuncidados al octavo día. Tenían que recibir la circuncisión como señal y sello del pacto de Dios. No se les prohibía recibir este sacramento. Hoy en día vivimos en el Nuevo Testamento. Es la dispensación en la que la promesa de Dios ha sido cumplida por Cristo y ahora la gracia de Dios se manifiesta en toda su plenitud. ¿Es razonable que ahora, de repente, el Señor excluya a los hijos de los creyentes y diga: “Desde

ahora los hijos ya no pertenecen al pacto”? Eso significaría que el antiguo pacto es más rico que el nuevo. Sin embargo, la Biblia nos enseña algo diferente: Dios no excluye a los niños.

Luego, el segundo punto: se dice que *debemos creer primero antes de poder ser bautizados*. Estamos de acuerdo con ello en cuanto a los adultos. Piensen en Juan el Bautista: él solo bautizaba a aquellos que se arrepentían y confesaban sus pecados. Sin embargo, cuando los adultos son bautizados, son admitidos al bautismo junto con sus hijos. El Catecismo no habla acerca de todos los niños. El bautismo infantil pertenece solo a los hijos de los creyentes, los hijos de padres cristianos. Los versículos en Marcos 16 y Mateo 28 deben leerse en el contexto de la obra misionera. Cuando un ministro misionero llega a un campo misionero, no comienza bautizando niños; comienza predicando el evangelio. Luego, cuando las personas vienen bajo la Palabra de Dios y cuando el Señor comienza a obrar en los corazones de los adultos, se acerca el tiempo en que piden el bautismo. Si hay una buena razón para admitirlos al bautismo, entonces sus hijos también pueden ser bautizados. Ellos forman parte de ello.

En tercer lugar, los bautistas dicen que *los niños no entienden lo que sucede cuando son bautizados*. Ciertamente, eso es verdad. Pero, ¿acaso entendían los niños israelitas lo que estaba sucediendo cuando eran circuncidados? ¿Eran conscientes esos pequeños niños de ese gran privilegio y responsabilidad? No lo eran; sin embargo, tenían que recibir la señal. Era una ordenanza del Señor. Además, es cierto que los infantes son demasiado pequeños para creer, al menos de una manera consciente. Sin embargo, ¿son demasiado jóvenes para morir y demasiado jóvenes para nacer de nuevo? Juan el Bautista nació de nuevo incluso antes de nacer. Los infantes son jóvenes, ¿pero son demasiado jóvenes para ser salvos? ¿Es eso imposible para Dios? Recuerden que el bautismo no es, en primer lugar, un hecho del hombre, sino de Dios. El énfasis no recae en el pecador creyente, sino en el Dios que, por gracia, promete la salvación y confirma Su pacto.

¿Por qué, entonces, se ha de bautizar a los hijos de los creyentes? Nuestro Catecismo nos da tres razones. En primer lugar, dice que *están comprendidos, como los adultos, en el pacto*. Leemos en Génesis 17 que no solo Abraham tuvo que recibir la señal del pacto de Dios, sino también sus hijos. ¡Incluso Ismael tenía que ser circuncidado, aunque no era el hijo de la promesa! Él también debía ser apartado y marcado con la señal del pacto de Dios. Por supuesto, esto no significa que todos los hijos de los creyentes sean elegidos. Hay dos clases de hijos del pacto, porque la administración del pacto es más amplia que su esencia. Algunos son injertados en el pacto meramente de una manera externa, mientras que otros son injertados en la esencia del pacto por medio de la regeneración. Sin embargo, ese no es el asunto aquí. Hablaremos de ello en otra oportunidad. El asunto aquí es que Dios establece un vínculo con los hijos de los creyentes: “*Se acordó [Jehová] para siempre de su pacto, de la palabra que mandó para mil generaciones, el cual concertó con Abraham, y de su juramento a Isaac*” (Salmo 105:8-9). Los niños son incluidos en el pacto.

En segundo lugar, ellos también están *incluidos en la iglesia de Dios*. ¿Cuándo llega un pequeño niño a ser miembro de la iglesia? Alguno dirá: “El día en que es bautizado”. Usted está equivocado. Nuestra *Liturgia para la Administración del Bautismo* señala que ya son miembros en virtud de su nacimiento de padres cristianos, y por ello deben ser bautizados. ¿Cómo llegan nuestros hijos a ser miembros de este país? Quizá usted fue un inmigrante y tuvo que solicitar la ciudadanía. ¿Tuvieron que pasar sus hijos, que nacieron en esta tierra, por ese mismo proceso? Obviamente no; ellos nacieron como ciudadanos.¹ Así es con los hijos de la iglesia. Cristo no es el presidente de una asociación religiosa (lo digo con reverencia, para hacer claro mi punto). Él no es presidente de un club del que usted puede elegir ser miembro y luego renunciar cuando desee. ¡No, no lo es! ¡Él es el Rey de la iglesia! ¡Él es el Rey de un pueblo! Un rey no solo tiene súbditos adultos, sino también súbditos jóvenes. Él es el Rey incluso de esos pequeñitos que no conocen quién es el Rey. Es cierto que deben ser convertidos, pero si no se arrepienten, su juicio será incluso peor, porque han recibido un privilegio indescriptible. Fueron incluidos en Su iglesia.

Luego, en tercer lugar, *la promesa de salvación también es para ellos*. El Catecismo habla de la redención del pecado y acerca del Espíritu Santo, quien es el Autor de la fe. Pedro dijo en el día de Pentecostés: “*Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos*” (Hechos 2:39). En Isaías 44, el Señor dice: “*Mi Espíritu derramaré sobre tu descendencia y mi bendición sobre tus renuevos*” (versículo 3). Cuando el pueblo de Israel fue llevado cautivo a Babilonia debido a sus pecados, y ya no podían ver nada más de la presencia y favor de Dios, cuando el rey de Babilonia había quebrantado el poder del pueblo del pacto y Satanás parecía reinar victoriosamente, entonces se proclamó lo que Dios haría. Hubo promesas especiales para las personas jóvenes, y esas promesas siguen estando vigentes hasta el día de hoy. Es por eso que los infantes pueden ser bautizados. Es por eso que *deben* ser bautizados. Deben ser distinguidos de los hijos de los incrédulos. Reciben la marca del Rey. Los hijos de la iglesia son una simiente santa, según 1 Corintios 7:14. No son santos en sí mismos, sino por virtud de esa relación externa al pacto. Son separados de los hijos de los incrédulos por el bautismo, tal como los hijos de Israel eran separados de los egipcios por su paso a través del Mar Rojo. ¡Oh, qué gran privilegio es ser bautizado!

Jóvenes, el Señor los ha apartado. Esto debería ser visible para el mundo que los rodea. ¿Es visible en sus vidas? ¿Pueden verlo —no solo el domingo, sino todos los días de la semana? Dios los ha separado. Quizá usted diga: “Si hubiera nacido en Pakistán, habría sido musulmán.” Sí, eso es muy probable, pero es precisamente eso lo que el Señor no permitió que sucediera. En Su bondad y providencia, Él les ha dado un lugar bajo Su Palabra. No lo desprecien. No lo desechen. Con su frente bautizada no pueden ir por cualquier lado. Tienen que rendir cuentas de lo que

¹ El autor aquí hace referencia a su propio contexto y escribe: “Ellos nacieron como canadienses o americanos”.

están haciendo con esa marca. Si vuelven a Egipto, morirán con los egipcios. Entonces pasarán la eternidad con el diablo y sus ángeles. Oh, estímenlo mucho: el Señor los ha apartado. No están viviendo en Egipto, sino en Capernaúm, el pueblo en que el Señor realizó la mayoría de Sus milagros. No digan: “No puedo convertirme a mí mismo.” El Señor sabe eso también, y Él es poderoso para cambiar su corazón. La peor cosa es que, por naturaleza, no estamos dispuestos a arrepentirnos. Rueguen al Señor que quebrante su resistencia. Él dice: *“Dame, hijo mío, tu corazón”* (Proverbios 23:26), y Él puede tomarlo. Eso es lo que dice en Su Palabra y lo que demuestra en el bautismo.

Padres, luchen por el bienestar espiritual de sus hijos. No son demasiado buenos como para no perderse para siempre. Recuerden la promesa que hicieron cuando fueron bautizados y busquen un lugar aparte para rogar por su conversión. Cuando ven tan poco de ello, cuando al parecer se desvían cada vez más, cuando ya no queda esperanza de su lado, aún hay razón para esperar debido al pacto de Dios. La Biblia dice que una simiente Lo servirá. Aún hay jóvenes que están bajo el sello de Su amor electivo. Tampoco se olviden de sí mismos, padres. El bautismo les dice que son pecadores sin derechos. Su derecho es ser echados fuera. Ustedes también tienen que ser lavados y ustedes también, por naturaleza, están de espaldas al Señor. Sin embargo, el Señor les ha dado un lugar bajo Su Palabra, no lejos de la Ciudad del Refugio. Él los ha puesto cerca de la puerta de Su reino, y Él dice: *“Llamad, y se os abrirá”* (Mateo 7:7). Esa es Su promesa de gracia. Que el Señor les enseñe a orar.

¿Hay quizá personas entre nosotros que dicen: “¿Cómo puede un miserable como yo jamás recibir la gracia? ¿Cómo jamás veré la salvación?” La respuesta es sencilla: es por el camino de llegar a ser un pecador perdido ante el Señor. Entonces Cristo se volverá más precioso que las piedras preciosas, y Su sangre será la única esperanza de su salvación. Sí, entonces el Señor les mostrará los tesoros del bautismo, y los sellará a su corazón por Su Espíritu. Amén.

Salterio 308:4